

Capítulo 5

“Uno Cuyo Nombre Era Esperanzado”

LOS PRIMEROS AÑOS DE SPURGEON EN LONDRES: EL AVIVAMIENTO TAN ESPERADO

Todo comenzó en la reunión de Cambridge, ya comentada. A esa reunión asistió un señor de nombre George Gould, un diácono de la iglesia bautista de Loughton, Essex, que oyó al cautivante orador adolescente y quedó altamente impresionado. Unos pocos días después, Gould se encontraba en Londres, hablando con un viejo amigo suyo, Thomas Olney, un hombre de buena posición social y muy rico. Olney servía como diácono líder en la Capilla Bautista de New Park Street. El diácono Olney le comentó a Gould que su iglesia no tenía pastor, y que no habían podido conseguir el prospecto adecuado. Es fácil entender las razones: la iglesia había sido establecida en un lugar sumamente improductivo, improductivo para una iglesia. El terreno estaba a un nivel tan bajo, que a menudo era inundado por el río Támesis. Cervecerías y diversos tipos de fábricas habían invadido el área y los residentes de la zona habían huido. El puente de Southwark que conducía al lugar cobraba un peaje. La gente que asistía a la capilla tenía que caminar largos trechos, de ida y de regreso, o tenía que pagar el peaje. La iglesia compró el lugar principalmente por el precio barato.

La Historia de la Antigua Iglesia

La Capilla Bautista de New Park Street gozaba de una fascinante historia. En el momento en que el diácono Olney se quejaba con Gould de que no tenían pastor en 1853, ya tenía unos doscientos años de existencia. Nos tenemos que remontar al año de 1650, 30 años después de que los peregrinos viajaron a América, y más o menos por el tiempo en que el Parlamento acababa de prohibir las reuniones de los grupos bautistas, en el año de 1645. Sus raíces comenzaron en una congregación que se tuvo que enfrentar a una constante persecución, y que se reunía clandestinamente en una casa en Kennington que

pertenecía a la Viuda Colfe. El grupo creció rápidamente con su primer pastor, William Rider, quien aparentemente murió por causa de la plaga de Londres en el año de 1665. Casi nada se conoce de su ministerio.

Luego, en la línea sucesoria, vino Benjamin Keach, sastre de profesión, pastor de 1668 a 1704, que sirvió durante 36 años, famoso por sus libros que todavía tienen demanda, que explican los milagros, las parábolas y las metáforas de la Biblia. Un prominente líder entre los Bautistas, fue pastor de la iglesia en medio de mucha persecución, y construyó su primera capilla cerca de Tower Bridge, (el Puente de la Torre de Londres), tan pronto como los bautistas recuperaron la libertad de congregarse, en el año de 1688.

A continuación le sucedió Benjamín Stinton, pastor de 1704 a 1718, que sirvió durante 14 años y que era yerno de Keach. De él comentó Spurgeon: 'Stinton será recordado por su celosa participación en movimientos tendientes al bien general: religiosa, social y educativamente.

Luego vino John Gill, pastor de 1720 a 1771, es decir, que sirvió durante 51 años, y cuyos comentarios sobre la Biblia también permanecen siendo publicados al día de hoy. Gill fue uno de los eruditos bíblicos más grandes de su tiempo. Durante su ministerio, la iglesia apoyó fuertemente la predicación de George Whitefield en una iglesia cercana, en Kennington Common. Allí, en el año de 1739, los primeros sermones del Gran Avivamiento llevaron a miles de personas a la experiencia del nuevo nacimiento.

Después del doctor Gill vino el doctor John Rippon, pastor de 1773 a 1836, es decir, que sirvió 63 años, formando una iglesia tan grande que llegó a ser la congregación bautista más grande de Inglaterra. En 1830 le correspondió a Rippon la construcción de una casa de oración que se conoció como la Capilla de New Park Street. Parece extraño que una congregación que era próspera construyera un nuevo edificio en tan desagradable lugar para ahorrar unas cuantas libras esterlinas, pero así lo hizo. No podía haber una peor ubicación. Un antiguo pastor había dicho de la ubicación de la iglesia: "Nunca he explorado una región más sucia, desagradable y repelente que esa donde la capilla está situada. Es una calle estrecha, y sombría, rodeada de casas pequeñas y sucias."

Spurgeon mismo comentó que “la región parecía más apropiada para el negocio de colar sebo que para una capilla... Si se hubieran dedicado 30 años para buscar algo con la intención de enterrar viva a una iglesia, no habrían tenido más éxito.” También dijo que le recordaba el “hoyo negro de Calcuta.”

Le siguió en el pastorado Joseph Angus, que fue pastor de 1837 a 1839, dos años, con mucho éxito de conversiones. Dejó su puesto porque fue invitado a ocupar un alto cargo en la Sociedad Misionera Bautista. Posteriormente se convirtió en Rector de Stepney College. Fue autor de varios libros, y perteneció a un comité de revisión de la traducción del Nuevo Testamento. Este es el pastor con quien se tenía que entrevistar Spurgeon, en el incidente ya comentado.

El siguiente ministro fue James Smith, que fue pastor de 1841 a 1850, es decir, que sirvió ocho años y medio. Su ministerio fue muy bendecido con la conversión de muchos pecadores. A su muerte, el mejor tributo que pudieron rendirle fue el comentario: “el suyo fue un ministerio de conversiones.”

Cuando se fue Smith, le siguió en el cargo William Walters, que fue pastor de 1851 a 1853, dos años. Los diáconos le indicaron que su ministerio no era aceptable, y entonces presentó su renuncia.

Estos cortos pastorados, en un tiempo muy corto, no ayudaron a la iglesia a recuperar su antigua gloria. La situación era tal que en un edificio con una capacidad para 1,200 personas sentadas, un simple puñado de adoradores se reunía para el servicio dominical. Tal era la escena cuando Spurgeon vino a predicar el domingo 18 de Diciembre de 1853, según comentó él mismo, “a una congregación mucho más pequeña que la que se congregaba en Waterbeach.”

Ese día predicó en la mañana sobre Santiago 1: 17, y su sermón se tituló “El Padre de las Luces.” No había preparado un sermón especial, que impresionara. Tenía la determinación de predicar exactamente como predicaba en Waterbeach. No podía ser acusado de pretender. Quería que los londinenses lo vieran tal como era. No improvisó el sermón. Escribió una parte de él. Predicó de una manera dramáticamente diferente. Su estilo era extemporáneo. El estilo de predicación aceptado y aceptable a mediados del siglo 19 en Inglaterra se centraba en la

preparación de un manuscrito completo y de estilo literario, que era leído enfatizando cuidadosamente las palabras escogidas de manera pedante y meticulosa. Muchos de los sermones eran unas extraordinarias obras literarias, pero sin un mensaje bíblico profundo y práctico. Toda la intención parecía ser la predicación de un sermón elocuente y pesado que atrajera la atención hacia la habilidad de escribir y la erudición del predicador, más bien que en el mensaje mismo. Desde el siglo dieciocho, la predicación en la mayoría de las iglesias británicas tenía una formalidad casi gótica. Esta verbosidad estirada no se limitaba a la Iglesia de Inglaterra; los inconformes los imitaban. Los únicos que representaban una excepción eran los metodistas primitivos. La mayoría de los pastores tradicionales tenían una apariencia sobrecogedora, aislada e inalcanzable. Spurgeon representaba una bocanada de aire fresco en esta atmósfera pesada, casi opresiva de la predicación. Debido a que era algo diferente, libre y comunicativa, la predicación de Spurgeon motivaba a la gente con su mensaje. En el púlpito, voló como un águila que había estado cautiva y había sido puesta en libertad. Un mensaje ardía en su corazón, y por encima de todo, quería comunicarlo eficazmente a la gente. Las iglesias necesitaban grandemente este espíritu libre, y este enfoque renovado. El viejo estilo altisonante había atontado a las iglesias. (Algo parecido a la escuela escocesa de predicadores de la que nos habla D. Martyn Lloyd-Jones).

Cuando Charles subió las gradas del púlpito de la iglesia de New Park Street esa mañana del dieciocho de Diciembre de 1853, con miras a convertirse en el noveno pastor de la iglesia, la congregación no sabía qué pensar. Allí estaba frente a ellos un niño, con una cara redonda que lo hacía parecer todavía más joven que los diecinueve años que tenía. No era alto y era rollizo, como los holandeses, y tenía una gran cabeza. Sus dientes eran protuberantes y dispares. Conforme se adentraba en su mensaje, sacaba un pañuelo azul de lunares blancos, y lo sacudía de un lado a otro, luciendo una figura un poco cómica. ¡Pero cómo predicaba! Con un vigor entusiasta y un verdadero poder espiritual, ejerció una gran influencia en la gente. Spurgeon estaba consciente de que tenía que predicar con el corazón, si habría de generarse algún bien. La gente estaba sentada en mitad de sus asientos, antes de que Charles hubiera llegado a la mitad del sermón. Nunca habían oído una predicación tan poderosa. Su punzante y coloquial vocabulario anglosajón tenía arrobada a la gente. (Inglés antiguo y sin palabras

rebuscadas). No a mucha gente le gustaba ese lenguaje, pero Spurgeon estaba estableciendo una transición del estilo de oratoria latinizante, de mucho ornato, en boga desde Samuel Johnson, al estilo comunicativo y natural anglosajón. Spurgeon habría estado de acuerdo de todo corazón con lo que dijo muchos años después Sir Winston Churchill: “no hay nada más noble que una frase en lenguaje anglosajón.”

En el servicio matutino no habría más de 80 personas, en una iglesia con una capacidad de asientos de 1,200. Terminó el servicio y la gente salió gozosa. En la tarde se corrió la voz, por el sur de la ciudad de Londres, invitando a los amigos para el servicio vespertino. Decían: “¡debes venir a la Calle New Park Street para oír al jovencito venido de Waterbeach!” Un gran número de personas se congregó por la tarde. La señora Unity Olney, esposa de Thomas Olney, el diácono que había invitado a Spurgeon, sufría de invalidez y permanecía confinada en su hogar la mayoría del tiempo. Su esposo, el diácono, se decidió a llevarla a la iglesia esa noche. Después de oír a Charles simplemente dijo: “¡Él lo hará! ¡Él lo hará!” Expresó lo que todos habían sentido virtualmente. La gente quedó tan impresionada con la predicación vespertina, que no querían abandonar el edificio hasta que los diáconos les aseguraran que harían todo lo posible para convencer a Spurgeon para que regresara. Charles estuvo de acuerdo en regresar. El día terminó de una manera muy diferente de como había comenzado.

El Llamado al Pastorado

Hasta ese momento, ningún predicador había sido invitado a regresar una segunda vez a la Capilla de New Park Street, pero los diáconos invitaron a Charles para que predicara el 1, el 8, y el 29 de Enero de 1854. Habiendo sido recibido tan entusiastamente, el 29 de Enero los diáconos propusieron a Spurgeon que predicara por un período de seis meses, con miras a quedarse como pastor permanente. Pero Charles no estaba muy convencido, por su falta de preparación. Pero cuando lo comentó con los diáconos, ellos le respondieron: “eso es para nosotros una recomendación muy especial, pues no tendrías tanta unción ni sabor, si tuvieras esa preparación.” También le hacía dudar su gente de Waterbeach, su pequeño “Huerto del Edén.” La perspectiva de vivir en Londres tampoco era muy atractiva para Charles. La criminalidad era tremenda. Cien mil niños no podían asistir a la escuela. La epidemia del cólera arrasaba con frecuencia la ciudad. Las condiciones de los

barrios bajos eran deplorables. El novelista Charles Dickens no exageró las condiciones de la ciudad en las descripciones que hizo en su bien conocida novela *Oliver Twist*. Y la parte sur de la ciudad, donde estaba situada la Capilla New Park Street, era una de las partes más pobres de la ciudad.

Pero el llamamiento que se le hizo a Charles sólo contó con cinco votos en contra, de una membresía de unas trescientas personas. Charles comentó: “me sorprende mucho que ese número no haya sido mayor.” En una carta a su padre escribió: “estaban tan hambrientos (los miembros de la iglesia), que un bocado del Evangelio fue un banquete para ellos. Muchos de ellos comentaron que Rippon había regresado.” Todo eso lo conmovió, y comenzó a atraerlo a Londres. “Dios así lo quiere,” dijo.

Pero el período de prueba ni siquiera llegó a los tres meses. Una petición a los diáconos fue firmada por 50 miembros de la congregación para que se convocara a una reunión, para invitar a Spurgeon a que aceptara el cargo permanente de pastor. Así que el 19 de Abril de 1854, dos meses antes de que cumpliera los veinte años de edad, la iglesia se reunió para pedirle que aceptara de inmediato el cargo.

El 2 de Marzo de 1854 le escribió a un tío: “ya te has enterado que ahora soy londinense, y que me he convertido en algo así como una celebridad. Ninguna universidad me habría brindado una situación superior. Nuestra capilla es uno de los pináculos de esta denominación.” Los diáconos le cambiaron su forma de vestir. La reacción de los miembros de las iglesias bautistas de Londres fue inicialmente muy fría. Ni siquiera escribían bien su nombre, cuando se referían a él por escrito. En una de las primeras reuniones grupales de las iglesias bautistas, alguien oró por Charles, y pidió a Dios que bendijera a “nuestro joven amigo que tiene tanto que aprender, y tanto que desaprender.” Sin embargo, desde los primeros meses, algunos percibieron el genio del joven predicador.

El señor James Sheridan Knowles, un dramaturgo irlandés, médico y actor, había gozado de mucho éxito en la escena dramática. Posteriormente se convirtió y fue bautizado. Dejó primero la medicina por el teatro y luego se dedicó al ministerio bautista, como tutor del

Stepney College, la institución a la que hubiera asistido Spurgeon. Knowles había sido descrito como “posiblemente el mejor de los dramaturgos trágicos” de su día. En Mayo de 1854, Knowles visitó la iglesia de New Park Street. Cuando regresó a Stepney College le preguntó a la clase: “muchachos, ¿han escuchado al jovencito de Cambridge?” Por supuesto que ninguno de ellos lo había oído todavía. Knowles continuó: “Vayan y escúchenlo tan pronto puedan. Su nombre es Charles Spurgeon. Es solamente un muchacho, pero es el predicador más maravilloso del mundo. Su oratoria es absolutamente perfecta; y, además de eso, domina el arte de la actuación. No tiene nada que aprender de mí ni de nadie más. Es simplemente perfecto. Lo sabe todo. Puede hacer lo que quiera. Si yo siguiera a cargo del Teatro Drury Lane, le ofrecería una fortuna para que actuara una temporada en las tablas de ese teatro. Vamos, muchachos, él puede hacer lo que quiera con su audiencia; puede hacerlos reír y llorar y reír de nuevo en cinco minutos. Su poder es sin igual. Ahora, fíjense bien en lo que les digo, ese jovencito se convertirá en uno de los más grandes predicadores de esta época y de cualquier otra. Llevará más almas a Cristo que ningún otro hombre que haya proclamado jamás el Evangelio, sin excluir al apóstol Pablo. Su nombre será conocido por doquier, y sus sermones serán traducidos a muchas lenguas del mundo.”

A pesar de todos estos elogios, Spurgeon no siempre convencía a todo el mundo. Recibía también muchas críticas. Independientemente de las diferencias, era obligatorio tomar nota del joven predicador. Un viento nuevo comenzó a soplar a todo lo largo de Southwark, disipando la vieja niebla londinense del desánimo espiritual y de las dudas. “El último de los puritanos” comenzaba a manifestarse, y toda Inglaterra pronto comenzó a fijar sus ojos en él. Alguien comentó: “había mucho del viejo profeta hebreo en él.”

El Crecimiento de la Obra

Conforme la popularidad de Spurgeon creció, crecieron las multitudes que asistían a los servicios. El edificio de la capilla, la más grande iglesia bautista de la época, se volvió insuficiente. Muchos analistas atribuían el interés a “la originalidad o incluso la excentricidad de Spurgeon.” Pero había mucho más profundidad que eso.

En sus predicaciones podía ser a la vez tierno y terrible. No le faltaba el sentido del humor. Un comentarista expresó lo siguiente: “Me comentaron que era arrogante. Yo no vi ninguna prueba de ello; y aunque la hubiera visto, ¿acaso iba a tener una diferente opinión de sus sermones? Yo no digo que no voy a comer un buen pan, sólo porque el panadero sea arrogante. Su arrogancia puede ser algo malo para él mismo, pero su pan es muy bueno para mí. Yo estoy lejos de considerar perfecto al señor Spurgeon. En este respecto no es como el señor Whitefield, que desde el principio fue un perfecto orador, y permaneció siéndolo hasta el fin. Pero con respecto a su poder sobre la audiencia, y la audiencia de Londres en particular, debo decir que no es inferior a Whitefield.”

Un evento interesante y lleno de humor tuvo lugar en relación a las vastas multitudes que llegaban a la Capilla New Park Street. El edificio estaba construido en un nivel bastante bajo, y por sus protecciones contra las inundaciones, carecía de una buena ventilación. El aire cargado y el calor del viejo edificio eran, en momentos, insufribles. En varias ocasiones Charles había pedido a los diáconos que abrieran permanentemente las ventanas de la parte superior del edificio, para permitir que entrara el aire fresco. Pero nadie le había hecho caso. Los diáconos no reaccionaban. Un domingo, cuando la congregación se apresuraba a entrar y se apretujaba en las puertas, sintieron una brisa suave y fresca que venía de arriba. Todas las ventanas de la parte superior habían sido quebradas. La gente pensó que se trataba de unos vándalos que las habían destruido, aunque la mayoría estuvo de acuerdo en que fue uno de los “mejores crímenes” cometidos en el sur de la ciudad. Los diáconos se reunieron para investigar el asunto. Spurgeon sugirió dar una recompensa a quien descubriera al culpable. Pronto se descubrió, sin embargo, que no sería prudente descubrir al que perpetró el crimen. Una detallada investigación forense habría revelado fragmentos de cristales en el bastón de Charles. Los diáconos se olvidaron del asunto, y la gente disfrutó del aire fresco. Spurgeon comentó: “Después de la gracia de Dios, lo mejor para el predicador, es el oxígeno.”

Ordenación

En los primeros meses de su ministerio, los diáconos planearon un servicio de ordenación para su nuevo pastor. Spurgeon se opuso,

afirmando que tal ceremonia no tenía precedente en la Escritura. “¿Dónde pueden encontrar la base bíblica para tal tontería?” Jocosamente dijo que la mayoría de las ordenaciones consistían simplemente en “imponer manos vacías sobre cabezas vacías.” Charles ganó el debate con sus diáconos, los cuales desistieron y cancelaron la ceremonia de ordenación. Charles nunca se volvió “oficialmente” un “reverendo,” aunque en la época inicial de su ministerio, adoptó el título de reverendo por pura cortesía. Más tarde cambió y todo mundo lo conocía como el “Pastor” o simplemente el “señor” Spurgeon. Él dijo: “*Reverendo y pecador* constituyen una curiosa combinación; yo sé que soy lo segundo, y por eso repudio lo primero.” Tampoco aceptó nunca títulos honorarios. Otro siguieron su ejemplo: D. L. Moody, un profundo admirador de Spurgeon, siguió su punto de vista y liderazgo y rehusó la ordenación. Él también fue siempre conocido como el señor Moody. Sus alumnos del Colegio del Pastor también siguieron esa línea. Un periódico de Chicago, *El Estándar*, reportó que el 25 de Agosto de 1887, un graduado del Colegio del Pastor había dirigido una ceremonia de una boda en Estados Unidos y las autoridades la declararon inválida porque no estaba ordenado.

Los anglicanos aceptan el concepto de la sucesión apostólica en su teología de la ordenación. Spurgeon relató lo siguiente: yo tenía una discusión con un clérigo un día, que insistía que únicamente los sacerdotes ordenados de la Iglesia de Inglaterra estaban en la línea de la sucesión apostólica. “Entonces, ¿qué soy yo?” pregunté; “¿cómo me consideran ustedes? ¡Tú no puedes negar que Dios ha puesto Su sello en mi ministerio!” “Oh, tú eres toda una excepción,” replicó el clérigo, ‘yo te veo como un tipo de Melquisedec. No tuviste predecesor, y no tendrás sucesor. Dios tiene el derecho de hacer una excepción, si así le agrada.” “Si yo soy Melquisedec, ¿por qué no me dan los diezmos ustedes, entonces?” pregunté. Él respondió únicamente con una sonrisa; posteriormente me envió una pierna de cerdo; tal vez consideró que era la décima parte del cerdo que había matado.”

El Enfoque de Spurgeon

Probablemente una de las primeras razones de la fama de Spurgeon fue su franqueza y su evaluación sin rodeos de casi todo en Londres. El hombre común gustaba de eso en el predicador. Spurgeon no era reticente ni se guardaba nada cuando expresaba lo que pensaba, por lo

que a veces resultaba ser impetuoso y temerario, sobre todo en sus primeros años en Londres. Sus emociones estaban siempre a flor de piel. Sin duda, esa es la razón por la que algunos le condenaban como arrogante.

Por ejemplo, en una ocasión, Spurgeon era un predicador invitado en un servicio, y seleccionó un himno escrito por Isaac Watts. Las primeras dos líneas del himno decían: “Tal como es Su naturaleza así es Su gracia, toda soberana y toda inmerecida.” Otro ministro que anunciaba los himnos durante el servicio, cuando leyó las dos primeras líneas del himno dijo: “No cantaremos este himno.”

Spurgeon nos relata:

“Yo sentí que, bajo las circunstancias, el himno debía ser cantado, por lo que dije: ‘por favor, vamos a cantar ese himno; pues no cantaremos ningún otro himno si no cantamos ese.’ Entonces el ministro cerró el himnario, y yo proseguí con el sermón. Yo traía un tema completamente diferente para mi sermón; pero cuando fui retado de esa manera, me sentí obligado a cambiar mi tema. Así que anuncié que mi texto sería: “Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca. Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia.” (Romanos 9: 15, 16). Prediqué de estas palabras un sermón lleno de sana y buena doctrina, que llenó de deleite los corazones de todos los hermanos y hermanas que aman la médula y la grosura de la fe que algunos llaman calvinismo, pero que nosotros consideramos que se origina en el Señor mismo y en Su apóstoles.”

Ciertamente Spurgeon podía ser muy pertinaz y terco en algunos temas. Algunos consideraban esto como arrogancia.

En otra ocasión, la audacia de Spurgeon volvió a salir a flote. Como llegó un poco tarde a una reunión (un hecho excepcional, ya que Spurgeon era muy puntual), un diácono salió a recibirlo muy turbado, mostrando su reloj mientras se acercaba a Spurgeon. Spurgeon, demostrando no prestar ninguna atención a la reconvención, tomó el reloj, lo examinó detenidamente, se lo regresó al pomposo diácono, y señaló que parecía ser un reloj muy bueno, pero que necesitaba alguna

reparación. Aunque pudiera parecer arrogante algunas veces, tenía mucha gracia cristiana para ser verdaderamente egocéntrico.

Un domingo, en la Capilla New Park Street, quedó sobrecogido por la vasta multitud y los cientos si no es que miles que no podían ser admitidos cada domingo. Entonces ese domingo en particular giró en el púlpito, se quedó mirando la pared trasera, y exclamó: “por fe los muros de Jericó se derrumbaron, y por fe esta pared se desplomará también.” Las campañas para construcciones o reparaciones mayores no son usualmente anunciadas en las iglesias de esa manera tan inesperada. Los diáconos se quedaron estupefactos. Más de uno de ellos informó al predicador que no querían volver a oír sobre ese tema. “¿Qué me están diciendo?” preguntó Spurgeon, “no volverán a oír hablar de ello cuando esté terminado; y, por tanto, entre más pronto se pongan a trabajar, mejor.” ¡Y se pusieron a trabajar!

Debe reconocerse que Spurgeon tenía una actitud autoritaria. Le llamaban “el Gobernador.” Él decía: “en el barco sólo hay un capitán.” Sin embargo, su liderazgo en la iglesia siempre estaba suavizado por un amor genuino. Él estableció su liderazgo por medio de un verdadero amor cristiano y servicio a su pueblo. La prueba del valor de su enfoque está en el tremendo crecimiento que tuvo su iglesia. En los 37 años de servicio, 14,000 personas se agregaron a la membresía de la iglesia, para llegar a ser la iglesia bautista más grande del mundo.

Durante las labores para agrandar la capilla, se decidió rentar Exeter Hall. Entonces del 11 de Febrero de 1855 al 27 de Mayo de ese año, fue rentado. El 11 de Febrero predicó el sermón “Cristo Crucificado,” que lleva los nos. 7-8 en el índice de sermones, y el 27 de Mayo predicó el sermón “El Nombre Eterno,” que lleva el número 27 en ese índice.

Exeter Hall era un gran auditorio, un salón abierto al público, con una capacidad de unos cinco mil asientos. Los salones públicos eran algo muy común en el Londres victoriano. El más grande de todos ellos era el Crystal Palace, con una capacidad de unas diez mil personas. Exeter Hall tenía el propósito principal de ser utilizado para reuniones evangélicas. Los propietarios lo rentaban para conferencias, pero no para servicios religiosos regulares. Inicialmente estaban reticentes a rentarlo, pero finalmente consintieron.

Ataques de la Prensa – Controversias

El cambio a Exeter Hall atrajo la atención de la prensa. Por ejemplo, el periódico *The Globe*, (El Globo), dice el 22 de Marzo de 1855: “durante las últimas semanas, Spurgeon ha estado predicando en Exeter Hall, cada domingo, tanto por la mañana como por la noche. Ha llenado ese gran salón con la misma facilidad que ha llenado la Capilla de New Park Street. Un paseante alrededor del área de The Strand, alrededor de las seis de la tarde de un domingo, se podría preguntar cuál es el significado de esa multitud que literalmente detiene todo el tráfico y obliga a los peatones a tener que dar grandes rodeos. Desde los días de Whitefield, cuyo honroso nombre está en peligro de ser bajado del pedestal y arrojado a la sombra por este nuevo candidato a los honores del púlpito, no ha existido un furor religioso tan completo; por el momento, su fogosa elocuencia lo lleva algunas veces al extravío, y estropea la belleza de su estilo singularmente feliz.”

El *Glasgow News* de Escocia escribe: “Él no presta ninguna atención a los dogmas de las escuelas, y elige expresar sus puntos de vista en un lenguaje propio, que está libre de la fraseología estereotipada del púlpito; no utiliza ninguna expresión indigna del tema, ni nada que los jueces de la teología pudieran repudiar... Sería bueno que sus rivales se ocuparan de lo suyo, puesto que un joven de tal energía como el señor Spurgeon, no podrá ser humillado por sus envidiosos rivales. Como otros jóvenes predicadores, tiene sus peculiaridades, pero estas son a menudo las indicaciones de un genio que está en el proceso hacia una brillante madurez.”

En los días iniciales de Exeter Hall, los periódicos se referían a Spurgeon de manera positiva. Por ejemplo, *The Times* escribió: “Nos deleita oír que hay un hombre en la metrópolis que puede atraer a la gente para escuchar sus sermones por otros motivos que el simple cumplimiento de una obligación religiosa.”

Por esa época, unas mil personas se quedaban fuera, pues no había el cupo suficiente para que pudieran entrar.

Los comentarios positivos se mantuvieron durante aproximadamente un año y medio. Pero la presa que detenía las aguas de los denuestos se rompió, y durante los siguientes años, una marea de críticas cáusticas y

cruel casi ahogaba al pastor de la Capilla New Park Street de 21 años de edad. Hay que entender que Spurgeon movió a una turba de gente humilde del sur del río Támesis a una zona de alcurnia. El cambio fue demasiado para la prensa sofisticada y esnob. Spurgeon tenía el perfil de un “reformador” y eso era probablemente inaceptable para los miembros de la burguesía de la prensa. Para los periódicos, había llegado el momento para que “el mozalbete de Waterbeach” fuera llamado a rendir cuentas. Le declararon la guerra y ellos sabían cómo combatir. La “censura se convirtió en simple y vulgar abuso.”

Uno de los periódicos que más castigó el ministerio del predicador durante largos años fue el periódico llamado *Saturday Review*. Su cuerpo editorial favorecía a la Iglesia de Inglaterra, la iglesia establecida, y el partido político de los ‘tories’ que apoyaban al rey en contra del Parlamento. Entre los años de 1856 a 1868 le dedicaron casi tanto espacio a Spurgeon como lo hicieron al primer ministro Gladstone y a Disraeli. Estos editores se lamentaron que vivían en una época de comunicación con los espíritus por medio de golpecillos (relativo a los espiritistas) y del señor Spurgeon. Entre otras cosas le llamaron el ‘Calibán Anabaptista’. (Calibán es un esclavo salvaje y deforme de la obra de Shakespeare *La Tempestad*. En este periódico, *Saturday Review*, le llamaron un “fanático arrogante, ignorante, estúpido, irracional, soez y de mente estrecha.” La reacción de Spurgeon ante los ataques de ese periódico lo llevó a la conclusión que un verdadero cristiano es “uno que teme a Dios y es odiado por el periódico *Saturday Review*.” Los amigos de Spurgeon llamaban al periódico “Satanic Review,” o “el denostador.”

El periódico *The Illustrated Times*, el 11 de Octubre de 1856, se preguntaba: “¿va a ser duradera su popularidad? Estamos seguros que no.” Otros periódicos lo tildaban de “demagogo religioso,” mientras que otros decían que no era sino “una maravilla que duraría sólo nueve días”, y “ha subido como un cohete pero en muy poco tiempo caerá como una varilla.” Ese mismo periódico que hizo este comentario, en 1898, 6 años después de su muerte, comentó: “Spurgeon, este noble predicador puritano y santo cristiano.” Otros periódicos le llamaron “pusilánime clerical” y otros lo acusaron de “payasadas en el púlpito,” y de una “total ignorancia de la teología”. Era también conocido como un “charlatán rematado” y un “individuo que desvariaba.” “El señor

Spurgeon, en nuestra percepción, es solamente un muchacho echado a perder, con habilidades que no sobrepasan la mediocridad.”

A veces, Spurgeon parecía perder algo de control, se enojaba, diciendo en una ocasión después de un amargo ataque: “¿a quién le interesa lo que diga una ramera?” Otras veces era recluso en el castillo de la desesperación. A pesar de todo guardó todas estas invectivas dentro una perspectiva razonable. Veía todas las censuras como un medio de crecer en la gracia cristiana. Estas críticas tenían un impacto negativo en su familia y en los miembros de su iglesia.

Sin embargo, las multitudes seguían llegando, y miles se quedaban fuera sin poder entrar. Toda la mala publicidad, en la providencia de Dios, resultaba en atraer más gente para oírlo. “El enemigo es más insensato cada día. ¡Qué buena publicidad estoy recibiendo!”

Inclusive los propios bautistas lo atacaban. Escribiendo en *The Earthen Vessel*, (La Vasija de Barro) en Enero de 1855, una publicación bautista estricta, el Reverendo James Wells, bajo el seudónimo de “Job” escribió: “En lo relativo al ministerio del señor Spurgeon... es sumamente... engañoso... simplemente engaña a otros con el engaño con el que él mismo se engaña.”

En uno de sus escritos, incluso llega a proyectar serias dudas acerca de la conversión de Spurgeon. Dijo: “Yo tengo – *tengo solemnes dudas* – en cuanto a la realidad divina de su conversión.” A esto siguió una acalorada controversia, y dio pie a un buen número de historias falsas.

Por esta época comenzaron las caricaturas en la prensa. Una caricatura, por ejemplo, pintaba a un obispo anglicano conduciendo un viejo carruaje con dos caballos muy lentos. El título era “Church & Stage”, “Iglesia y Diligencia.” Compitiendo en una carrera con el obispo, un joven predicador con su cabello suelto al aire, iba a toda velocidad al frente de una locomotora. ¿Cuál era título de la segunda caricatura?: “El Spurgeon.” Como diciendo: el tren rápido. Los títulos claramente implicaban a los británicos victorianos que el carruaje lento y el tren rápido mostraban un marcado contraste entre Spurgeon y los clérigos de la iglesia establecida. Había otra que presentaba a Spurgeon con un alto sombrero de copa hecho con material de papel matamoscas, y la gente quedaba atrapada en el sombrero como moscas, por el atractivo

conquistador del joven pastor. El título de la caricatura era: “agárralos vivos a todos.”

Una cosa era obvia en todo esto. Londres veía a Spurgeon como alguien que poseía un estilo muy diferente del estilo ordinario de los ministros de la escena religiosa de Inglaterra. Se distribuían muchos panfletos y volantes, unos a favor y otros en contra. Contenían mensajes como: “el señor Spurgeon ¿hace daño o hace bien?” “¿Quién es Spurgeon?” “Revisen la cámara de horrores de Spurgeon.” “El Diablo contra Spurgeon.” “La luz del Genio.” Circulaban también muchas anécdotas, muchas de ellas inventadas. Dentro de estas anécdotas estaba la que presentaba a Spurgeon usando la barandilla de la escalera del púlpito como una resbaladilla, para ilustrar cuán fácilmente se puede apostatar o convertirse en rebelde. Luego lo describían como esforzándose por subir otra vez para demostrar la dificultad de retomar el terreno espiritual perdido. Un hombre incluso juraba que había visto a Spurgeon hacer eso. Sin embargo, por el diseño de las escaleras que conducían al púlpito de la Capilla New Park Street, era imposible que Spurgeon lo hubiera intentado siquiera. Cuando se construyó el Tabernáculo Metropolitano, Charles ordenó que se quitaran las escaleras del púlpito y las pusieran en el patio trasero de su residencia para mostrar a sus visitantes que era imposible que él se hubiera resbalado por la barandilla o pasamanos.

Lo ridículo acerca de estas historias que andaban circulando por toda la ciudad, es que idénticas historias habían sido atribuidas también a otros famosos predicadores, algunas de ellas atribuidas al propio Whitefield. Poco a poco, Spurgeon aprendió a tomarlo todo filosóficamente, pero eso no impidió que la depresión hiciera presa de él. Comentó: “me siento abatido por dos feroces ataques perpetrados en mi contra, pero todas las heridas y cicatrices que recibo son de honor, así que, ¡mi débil corazón, adelante en la batalla!” Spurgeon compartía el espíritu de John Wesley que decía que cuando le entregó todo a Dios, no hizo ninguna excepción, y que también le entregó su reputación. Cuando se casó, Susana, su esposa, escribió en una cartulina grande los versículos 11 y 12 del capítulo 5 de Mateo: “*Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros.*” Además, le leía estos versículos

cada mañana, y fueron muy útiles cumpliendo su propósito, pues fortalecían su corazón, y le permitían ceñirse la armadura invisible, vestido de la cual, podía caminar con toda calma en medio de la gente. Finalmente llegó al punto de gozarse de las críticas, pues conforme los chismes crecían, así aumentaban las muchedumbres que venía a escucharlo.

“¡Spurgeon! ¡Spurgeon! ¡Spurgeon! Este nombre corre de boca en boca. ¿Han oído predicar a Spurgeon? ¿Le han visto? ¿Han leído tal y tal cosa acerca de él? Estas y otras preguntas semejantes son las que se hace todo el mundo.”

La Epidemia del Cólera

Exeter Hall, las multitudes, las críticas y las alabanzas, su responsabilidad rápidamente creciente, y las abundantes labores, comenzaron a afectar la fortaleza física de Charles, aun cuando comenzó a servir en el vigor de su juventud. No sólo eso, alrededor de un año después de establecerse en Londres, en medio de un trabajo desgastante, una epidemia del cólera asiático azotó a Londres. Muchas personas morían diariamente. Sólo en la primera semana murieron 2,050 personas en Londres. Como un pastor dedicado, el joven Spurgeon recorrió todo el sur de Londres para visitar y ministrar a los enfermos. “Perdí a tres miembros de la iglesia el domingo pasado... no sé cómo poder evitar llorar constantemente, cuando veo morir a otras personas.”

Un amigo cercano de Spurgeon, Charles W. Banks, describió esos oscuros días: “las escenas a nuestro alrededor han sido de un carácter muy solemne. No podemos caminar por las calles sin ver a los doctores corriendo de aquí para allá, carrozas fúnebres, féretros, y procesiones funerales, por todos lados... son días verdaderamente dolorosos para los caídos hijos de los hombres; nuestros rostros están muy pálidos; nuestros espíritus están convulsionados.”

El joven pastor trabajaba arduamente durante largas horas, de tal forma que estaba literalmente exhausto. La fatiga, los constantes encuentros con los enfermos y los moribundos, y poco sueño lo hundieron en la depresión. Sentía mucho temor de sucumbir a la epidemia. Un día, con su corazón enfermo de dolor, caminando

abatidamente por una calle rumbo a casa, y viniendo de un funeral, se detuvo y miró a través de la ventana de una botica. El boticario era un creyente, y había colocado un letrero en su ventana que contenía un versículo de la Escritura: “Porque has puesto a Jehová, que es mi esperanza, al Altísimo por tu habitación, no te sobrevendrá mal, ni plaga tocará tu morada.” (Salmo 91: 9). Inmediatamente el Espíritu de Dios grabó esa verdad en el corazón de Charles. Reclamó esa promesa como suya. De manera drástica salió de su depresión y continuó haciendo su trabajo con plena confianza en Dios, que lo cuidaría y lo guardaría seguro de la epidemia. Recordó las palabras de Cromwell: “El hombre es inmortal hasta que haya cumplido su tarea.”

Con todo y eso, Charles fue abrumado hasta el límite. Sin embargo, aguantó. Dios ciertamente se convirtió en su fortaleza. Más aún, su congregación de New Park Street apreció su devoción. Spurgeon demostró ser un verdadero pastor así como era un gran predicador. Al calor de toda la excitación y las labores, aun los estimulantes servicios en Exeter Hall eran a veces demasiado esfuerzo para el joven Spurgeon. Un domingo predicó sobre el texto: “Será su nombre para siempre.” Un concurrente describe ese particular domingo:

“Yo realmente pensé que se iba a morir allí, ¡delante de toda esa multitud! Al final hizo un gran esfuerzo para recuperar su voz; pero la voz casi no le salía, y sólo se oía una expresión entrecortada como una peroración patética: ‘¡Que mi nombre perezca, pero que el nombre de Cristo sea para siempre! ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Corónenle Señor de todo!... ¡Corónenle Señor de todo!’ y luego se fue hacia atrás cayendo en la silla como desmayado.”

Con la popularidad creciente de Spurgeon, algo del espíritu de Whitefield influyó en él, ya que se dedicó a predicar al aire libre como lo había hecho su mentor unos cien años antes. En muchas ocasiones predicó al aire libre a multitudes de más de diez mil personas. Predicaba con gran poder y la gente respondía con gran entusiasmo. Los servicios resultaban ser tremendos éxitos, y eran inusualmente bendecidos por el Espíritu de Dios. Después de uno de estos servicios al aire libre, Spurgeon le escribió a Susana, que era entonces su novia:

“Ayer subí a la cima de la gloria de un ministro... el Señor estaba conmigo y la gente observaba el más profundo silencio; pero, ¡oh, la

conclusión: nunca un mortal recibió una ovación más entusiasta! ¡Me sorprende estar vivo todavía! Después del servicio, cinco o seis caballeros se esforzaban por abrirme paso entre la multitud, y fui prácticamente cargado en medio de vítores, y oraciones, y gritos, que duraron como quince minutos. A mí me parecieron como una semana. Era llevado de un lado al otro del campo sin la esperanza de poder escapar, hasta que vimos un carruaje con dos ocupantes. Yo me subí de inmediato, y les rogué que nos fuéramos. Ellos accedieron amablemente, y yo iba de pie, agitando mi sombrero, y gritando: “¡la bendición de Dios sea con ustedes!” Miles de sombreros fueron agitados en el aire, y daban vítores tras vítores. Ciertamente en medio de estos aplausos puedo escuchar los bajos retumbos de una tormenta de reproches que se avecina; pero aun esto puedo soportar por amor a nuestro Señor.”

El Ministro Ambulante

La ciudad de Londres no podía recluir a Spurgeon. Él se involucró en un ministerio evangelístico, itinerante y extenuante, en todas las Islas Británicas, y recibió mucho apoyo. Una vez estaba predicando al aire libre en un lugar cerca de la ciudad de Cambridge, y un granjero local comentó: “oh, fue muy hermoso, me habría gustado que hubiera continuado toda la noche.” Cuando Spurgeon viajaba, los empleados del ferrocarril sabían de antemano que venía, y trataban el asunto como si se tratara de una celebridad que estuviera viniendo al pueblo. Era como la excitación de un día de fiesta. En ocasiones, cuando andaba de gira, predicaba hasta tres veces en una noche. Una vez, en Trowbridge, Inglaterra, predicó el Evangelio en un servicio por la mañana y en otro por la noche, pero había venido tanta gente para oírle, que muchos no pudieron entrar, entonces Spurgeon agregó un servicio que no estaba programado a la diez de la noche.

Un corresponsal de Londres contó una interesante historia relativa a lo que ocurrió en Hertfordshire cuando Spurgeon llegó para ministrar allí. La gente quería que les predicara, pero no encontraban ningún lugar disponible: primero le pidieron a un ministro no conformista que prestara su capilla, pero él, indignado, rehusó. Le solicitaron permiso al vicario de la iglesia anglicana local, pero él también denegó la petición. Debido a las condiciones del tiempo, una reunión al aire libre estaba totalmente descartada. Entonces todo parecía indicar que el evento no

se podría llevar a cabo. Spurgeon tenía que tomar el tren muy temprano al día siguiente para continuar su viaje. Ante este dilema, un pequeño granjero de la región ofreció el uso de un granero bastante grande, y Spurgeon lo aceptó con mucho gusto. Se acondicionó un púlpito precipitadamente, y mucho antes de la hora señalada para dar comienzo al servicio, el granero estaba completamente abarrotado. Al entrar al púlpito, Spurgeon anunció a la congregación que, aunque se le había pedido que predicara un sermón, su intención era ahora predicar dos sermones. Después de un largo y brillante sermón en su estilo siempre impresionante y peculiarmente poderoso, hizo una pausa por unos minutos, y luego dijo: ‘Y ahora vamos con el sermón número dos. Un sermón sencillo y práctico. Nuestro amigo que nos permitió usar este granero, es un hombre pobre. Cuando lo vi esta mañana, llevaba puesto un saco convertido en andrajos; su camisa me sonreía por todos los agujeros que tenía. Demostremos nuestro agradecimiento a su gentileza, comprándole un traje nuevo.’ La sugerencia fue adoptada inmediatamente, y en el curso de unos cuantos minutos, se colectaron doce libras esterlinas. A su regreso a Londres, Spurgeon comentó el incidente a algunos miembros de su congregación, que dieron testimonio del respeto que le tenían al pastor, al donar 20 libras esterlinas adicionales en beneficio del granjero de Hertfordshire.

Los viajes de Spurgeon eran épicos y en poco tiempo Inglaterra se había abierto al Evangelio. La profunda preocupación de Spurgeon por la gente se manifestaba tanto a nivel individual como grupal. Estaba convencido de que todos los cristianos se debían involucrar en testimoniar personalmente. Desde su perspectiva, el descuido de compartir la fe de cada quien, hacía más difícil que la iglesia ganara más miembros. Spurgeon comentó:

“Algunas veces, he encontrado que es más difícil influir normalmente en ciertas personas para bien, por el descuido de aquellas personas que debieron haber hecho el trabajo antes de mí. Como un ejemplo, Spurgeon compartió la siguiente experiencia: ‘yo estaba procurando decir una palabra a nombre de mi Señor a un cochero un día, y él me preguntó: “¿Conoce al reverendo Fulano de Tal?” ‘Sí,’ -le respondí-. “Él es el tipo de ministro que me cae bien, y me gusta mucho su religión.” ‘¿Qué tipo de religión es esa?’ le pregunté. “Bien,” –replicó- “él ha viajado conmigo en ese asiento durante seis meses y nunca ha mencionado nada acerca de la religión, en ningún momento; ese es el

tipo de ministro que a mí me gusta.” Me pareció un cumplido muy dudoso para un hombre que profesaba ser un siervo del Señor Jesucristo.”

El joven predicador siempre se adaptaba a las necesidades de cualquier persona con la que hablaba. Parecía tener el sentido preciso de cómo tratar con toda clase de individuos. Llegó a ser una figura muy conocida en toda Inglaterra, no sólo en Londres. Sin embargo, el aspecto sobresaliente de este arduo período de labores fueron los servicios regulares en la Capilla New Park Street. La policía tenía que acudir cada domingo para controlar a las multitudes. La gente corría para conseguir un lugar, aunque fuera quedándose de pie. Miles de personas no podían entrar. Por esta razón se tomó la decisión de regresar a Exeter Hall en el verano de 1856, originalmente del 8 de Junio al 24 de Agosto, según el contrato, aunque se prolongó por unas cuantas semanas más. Por este tiempo predicaba hasta doce veces a la semana, y una semana en particular predicó 14 veces en seis días.

La Boda

Después de dos años de residir en Londres, Spurgeon casó con Susana Thompson. Ella participaba con su familia en los cultos de la Capilla New Park Street, pero por el estado espiritual de la Capilla antes de la llegada de Spurgeon, su fervor se había enfriado. Cuando Spurgeon llegó a predicar el 18 de Diciembre de 1853, la primera impresión de Susana no fue muy buena. Ella pertenecía a una familia acomodada londinense, era educada, hablaba el francés con toda fluidez, vestía con elegancia y se expresaba con finura. Frente a ella tenía a un campesino vestido de una forma más bien cómica, con una forma de expresarse extraña para la gente culta de la ciudad.

En sus propias palabras tenemos esta descripción:

“Yo no estaba del todo fascinada por la elocuencia del joven orador, y su forma de ser campesina y su forma de hablar, motivaban más pena, que reverencia... el pelo largo y mal cortado, el gigantesco corbatín de raso negro, el pañuelo azul de grandes puntos blancos, todo esto atrajo más mi atención y me divertía a lo grande.”

Susana se dijo: “¡así que esta es la famosa elocuencia! No me impresiona para nada. Si dejara de hacer gestos con ese bendito pañuelo, sería bueno. Y ese cabello... parece ayudante de barbero.”

Su padre era un próspero comerciante, y ella era una chica culta. El acercamiento se dio a través del diácono Thomas Olney y su esposa, que eran muy amigos de los padres de Susana y se reunían con frecuencia. Olney comenzó a invitar a Charles a estas reuniones. Susana no era una convertida por entonces. Se fueron conociendo poco a poco. Spurgeon le regalaba libros, entre ellos, *El Progreso del Peregrino*, y visitaban juntos con frecuencia el Palacio de Cristal. Se hicieron novios, se comprometieron en matrimonio y terminaron casándose el 8 de Enero de 1856.

En una ocasión, Charles llevó a Susana a un servicio de predicación que estaba abarrotado, donde él iba a ser el predicador. Tan pronto como llegaron, Charles, totalmente inmerso en su mensaje y en el servicio, se olvidó de Susana. Ella tuvo que valerse por sí misma. Al término del sermón ella se fue sola a casa. Voló de regreso a su hogar e iba sumamente resentida. Ella misma confesó: “yo estaba sumamente molesta.” Su madre trató de calmarla y de asegurarle el amor de Charles. Cuando el joven predicador, al volver en sí mismo, se dio cuenta de que se había olvidado por completo de su novia, salió corriendo a Brixton, donde vivía Susana, lleno de disculpas. Entró corriendo a la casa preguntando: “¿dónde está Susie? La he estado buscando por todos lados sin poder encontrarla.” La madre de Susana le contó toda la historia; se reconciliaron y el romance floreció. Pero Susana aprendió que su futuro esposo, como siervo de Dios, debía poner el servicio de Cristo en primer lugar, además de que se estaba convirtiendo en un hombre muy famoso.

La ceremonia tuvo lugar a las 8 de la mañana de un día muy gris, húmedo y frío. Sin embargo, miles de personas llegaron para presenciar la ceremonia y muchos tuvieron que quedarse fuera, aguantando el frío. Tuvo que llegar una fuerza especial de la policía de Londres, la Fuerza M, para controlar la situación y el flujo de las multitudes.

En su luna de miel, la pareja atravesó el Canal de la Mancha y pasaron doce días en París. Visitaron palacios históricos, iglesias y museos.

Como Susana hablaba perfecto francés no tuvieron problemas. Ella le decía cariñosamente ‘Tirshatha’ una palabra del antiguo persa que significa ‘su reverencia.’

Cuando Charles se iba de gira, ella sufría en gran manera. En una de esas ocasiones se puso a llorar mucho, entonces Charles le preguntó: “¿tú piensas que cuando alguno de los hijos de Israel traía un cordero al altar de Dios como una ofrenda, se quedaba llorando tiernamente allí por el cordero que había traído?” Susana le respondió: “por supuesto que no.” Entonces Charles le dijo: “Bien, ¿no ves que me estás entregando a Dios al dejarme ir a predicar el Evangelio a los pobres pecadores, y te parece que a Dios le agrada verte llorar por tu sacrificio?” Eso tuvo el efecto de un sedante.

La situación económica de ellos era un problema a veces, porque Charles era muy generoso y cooperaba abundantemente para varias necesidades. Su generosidad a menudo excedía sus recursos. Una vez tenía que pagar unos impuestos y no tenía fondos. Pero ambos formaban una pareja de gran fe. Oraron y en ese preciso momento llegó una carta anónima que contenía 20 libras esterlinas. Su fe fue respondida y sus necesidades resueltas.

De este período inicial de su matrimonio surge la conocida historia en relación al sermón no. 74, ‘Un Pueblo Dispuesto y un Líder inmutable’, basado en el Salmo 110: 3, “Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder, en la hermosura de la santidad.” Ustedes recordarán la historia, ya que fue incluida como nota al pie de la traducción del sermón:

”Un extraordinario incidente ocurrió en esta temprana etapa de nuestra historia. Un sábado por la noche, mi amado esposo estaba profundamente perplejo por las dificultades presentadas por un texto sobre el que deseaba predicar al día siguiente. Era el Salmo 110: 3. Con su usual acuciosidad en la preparación de los sermones, él consultó todos los comentarios que poseía en aquel entonces, buscando la luz del Espíritu Santo sobre las palabras de los comentarios y sus propios pensamientos; pero, aparentemente, todo fue en vano. Yo estaba tan angustiada como lo estaba mi esposo, pero no podía ayudarle en tal emergencia. Por lo menos, yo pensé que no podría; pero el Señor tenía un gran favor reservado para mí, y me utilizó para liberar a Su siervo de

una seria turbación. Se quedó trabajando hasta muy tarde, y estaba completamente exhausto y descorazonado, pues sus esfuerzos por llegar al corazón del texto eran inútiles. Yo le aconsejé que se retirara a descansar, y lo tranquilicé sugiriéndole que, si trataba de dormir, probablemente en la mañana se sentiría fresco y capaz de rendir más. Spurgeon respondió: “si me voy a dormir, ¿me podrías despertar muy temprano, para tener el tiempo suficiente para prepararme?” Quedó satisfecho cuando le garanticé que lo despertaría. Y como un niño confiado y cansado, puso su cabeza en la almohada y durmió profunda y dulcemente de inmediato. Muy pronto, ocurrió algo maravilloso. En las primeras horas del domingo, lo oí hablando en su sueño, y me levanté para escucharlo con atención. Pronto me di cuenta que estaba tratando el tema del versículo que era oscuro para él, y estaba explicando su significado de manera clara y precisa, con mucha fuerza y frescura. Me puse a la tarea, temblando de gozo, de entender y seguir todo lo que estaba diciendo, pues sabía que, si yo podía entender y guardar los puntos principales del sermón, él no tendría ninguna dificultad en desarrollarlo y ampliarlo. ¡Ningún predicador tuvo jamás un oyente más atento y ansioso! No quería dejar escapar una sola palabra. No tenía ningún medio a la mano para tomar notas, así que como Nehemías, “entonces oré al Dios de los cielos,” y le pedí que pudiera yo recibir y retener los pensamientos que Él había dado a Su siervo en su sueño, y que eran singularmente confiados a mi guarda. Yo estaba acostada, repitiendo una y otra vez los puntos principales que deseaba recordar, y mi felicidad era muy grande en anticipación de su sorpresa y deleite cuando se despertara; pero estuve despierta tanto tiempo, disfrutando mi gozo, que me sobrecogió el sueño en el momento que debía despertarme, pues él se despertó con un sobresalto, y viendo el reloj, dijo: “dijiste que me despertarías muy temprano, y ve la hora que es. ¿Por qué me dejaste dormir? ¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer?...” “Escucha, amado,” le respondí; y le dije todo lo que yo había oído. “¡Caramba! Eso es precisamente lo que necesitaba,” exclamó, “¡esa es la verdadera explicación de todo el versículo! Y ¿dices que lo prediqué en mi sueño? ... Es maravilloso,” repetía una y otra vez, y ambos alabamos al Señor por tan notable manifestación de Su poder y amor. Lleno de gozo, mi amado bajó a su estudio, y preparó este sermón dado por Dios, que fue predicado el 13 de Abril de 1856, en la Capilla de New Park Street. En el párrafo inicial el predicador da su propia versión de la dificultad que experimentó al tratar con el texto.”

Fuente: Autobiografía, Volumen 2, Capítulo 47, páginas 188, 189.

La Gira Escocesa

En Julio de 1855, Spurgeon hizo una gira por Escocia. Ocurría allá también lo mismo que sucedía en Londres. Las iglesias se llenaban muchas horas antes de que comenzara el servicio.

Un periódico escocés: *The Glasgow Examiner*, comenta:

“Él ha venido en medio de nosotros, y el veredicto de Londres ha sido plenamente confirmado por inmensas audiencias aquí, que se han quedado arrobadas por su oratoria... Conoce mucho de literatura, que, con la ayuda de una excelente memoria, puede suministrar al instante al predicador un material apropiado y precioso. Finalmente, es el poder de la voz y la flexibilidad de la expresión, lo que le llevan a expresarse con mucha facilidad, y a tener a la vez un efecto poderoso en los sentimientos de la gente.

Otro periódico escocés comentó: “Spurgeon debe su celebridad a la posesión de dones de oratoria de primer orden, que parecen haber alcanzado la madurez a una edad muy temprana, de tal forma que ya cuenta con una reputación establecida a una edad en la que la mayoría de los jóvenes apenas están comenzando alguna ocupación. Además, debemos recordar que Spurgeon sólo tenía cinco años de haber sido convertido. Hemos estado hablando de un joven de 21 años de edad.

El 8 de Junio de 1856, Spurgeon inició la segunda serie de sermones predicados en el Exeter Hall. Las enormes multitudes que querían escucharlo en la Capilla New Park Street requirieron el cambio. En esta segunda etapa, los servicios matutinos se mantuvieron en la Capilla New Park Street, y sólo por la noche predicaba en Exeter Hall. El primer sermón de esta segunda serie fue: “Salvación Perpetua,” que tiene el número 84 del Volumen 2.

Las multitudes que asistían eran todavía mayores. Spurgeon comentó: “¡Dios mío, cuánta hambre tienen las multitudes! ¿Qué están haciendo otros predicadores, cuando, con diez veces más talento, hacen roncar a la gente con sermones prosaicos y los están ahuyentando? La razón es, creo yo, que desconocen el Evangelio.

Era evidente que Spurgeon necesitaba un edificio más cómodo. Esto produjo la idea en embrión del Tabernáculo Metropolitano. Debido a los problemas contractuales con Exeter Hall, se sugirió que las reuniones fueran en el Royal Surrey Gardens, un parque público al sur del río Támesis, que poseía grandes terrenos, y mucho tipo de distracciones. Tenían juegos pirotécnicos los fines de semana, y había una gigantesca tortuga marina que los niños podían montar. Allí había un salón, llamado el Surrey Gardens Music Hall, que tenía una capacidad para más de diez mil personas. Era el edificio más cómodo y más hermoso de la ciudad de Londres, con la excepción del Palacio de Cristal. Alguien sugirió que el salón podría ser utilizado por Spurgeon, aunque muy pronto surgió toda clase de objeciones. Unos opinaban que era “muy mundano.” Otros decían que era peligroso que tan grandes multitudes se reunieran allí para un servicio religioso. Uno de los propios diáconos de Charles le rogó que no predicara en “esa casa del diablo.” Charles replicó: “no vamos a ir a ese lugar porque pensemos que sea algo bueno adorar en un edificio dedicado usualmente a la diversión, sino porque no tenemos otro lugar a dónde ir.” Algunos, incluso, pensaron que Spurgeon nunca lo llenaría.

Pero por este tiempo Spurgeon se había vuelto bastante inmune a la crítica cruel, a los ataques y al tradicionalismo. Él se daba buena cuenta que, como decía: “las lágrimas de la aflicción son a menudo necesarias para mantener limpio el ojo de la fe.” Después de inspeccionar el edificio, lo consideró ideal para sus propósitos. Los diáconos estuvieron de acuerdo, y fueron a ese lugar. La noticia se esparció como reguero de pólvora por toda la ciudad Londres. En las plazas, en las calles, en los callejones, en los talleres y en las casas en el campo, en todos los lugares donde se reuniera la gente, ese era el gran tema de conversación.

La noche del domingo 19 de Octubre de 1856 vería el primer servicio. Desafortunadamente lo que se esperaba que fuera un día de gloria para la causa del Señor, se convirtió en un día de infamia. Las puertas abrieron a las 6 de la tarde. Unas diez mil personas pudieron entrar, pero aproximadamente otras diez mil se quedaron fuera. Esa noche fue histórica porque era la primera vez que una multitud de ese tamaño se había congregado para oír a un predicador no conformista.

Cuando Spurgeon subió al púlpito, se dijo una oración y se entonó un himno. Luego, en su estilo usual, Spurgeon leyó la Biblia e hizo un comentario sobre lo leído. Cantaron otro himno, y Spurgeon comenzó su larga oración. Al decir *Amén*, sucedió la tragedia. ‘¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego! ¡Los balcones se están cayendo! ¡El salón se está cayendo!’ Algunas personas malintencionadas lanzaron ese grito para asustar a la gente. Se sucedió un terrible pánico, y hubo una estampida. La gente comenzó a correr y corrían por encima de los cuerpos de otras personas. Los gritos y alaridos eran terribles aunados a la angustia de las personas que no podían salir. Muchos dejaron sus vestidos hechos jirones por el esfuerzo de salir. Los diez mil que estaban dentro, procuraban salir, y muchos de los que estaban fuera querían entrar para curiosear. Spurgeon trató de calmar a la multitud. ‘No hay fuego, el edificio no se está cayendo. Por favor siéntense. No tienen por qué alarmarse. Por favor, siéntense.’ Un grupo que se había quedado adentro le gritaba “¡Predica! ¡Predica!” Charles intentó hacerlo. No se había dado cuenta que había muertos y heridos. Cambió su texto y quiso predicar sobre Proverbios 3: 33: “La maldición de Jehová está en la casa del impío, pero bendecirá la morada de los justos.” Tal vez pensó que el nuevo texto ayudaría a la situación general, pero fue un gran error, pues muchas personas entraron en un pánico todavía mayor ante el pensamiento de la inminencia de un juicio, y se unieron a la multitud que todavía quería salir. Spurgeon habló sólo unas cuantas palabras, se cantó himno y todo terminó.

Siete personas murieron y 28 más quedaron heridas y fueron trasladadas al hospital. Charles quedó tan seriamente deprimido por la tragedia que deseaba haber muerto. El pensamiento que había provocado de alguna manera la muerte de siete personas era devastador para él. Los ataques de la prensa terminaron de abatirlo.

“El señor Spurgeon es un predicador que arroja condenación sobre las cabezas de sus oyentes pecadores. . . Los toma por la nariz y los intimida para obligarlos a la religión. Debemos establecer una barrera para contrarrestar las blasfemias de hombres como Spurgeon, diciéndoles: ‘hasta aquí debes llegar.’ Es un charlatán que despotrica. Queremos mantener separados el teatro y la iglesia. Debemos poner un látigo en manos de hombres rectos para que saquen de la sociedad a latigazos a gente como él.” Decían que mientras la tragedia estaba ocurriendo, se oía el ruido de las monedas al caer en la cajita de la

colecta. *Daily Telegraph*. Otros periódicos comparaban a Spurgeon con Joseph Smith, el profeta de los mormones. Decían que era impostor muy ordinario. Llegaron a sugerir que se promovieran conjuntos musicales para que tocaran en diferentes lugares, para que hubiera la oportunidad de sustituir un tipo de diversión por otro, para que Spurgeon tuviera competencia.

Después de un período de tiempo, la mayoría de los periódicos tomaron un punto de vista más objetivo, y aceptaron que Spurgeon no podía ser el responsable por la tragedia. Charles y Susie fueron a hospedarse a la casa de uno de los miembros de la iglesia al sur de Londres, en Croydon. Naturalmente Spurgeon pasó varios días sumido en una profunda depresión, a tal punto que, los que le rodeaban, llegaron a pensar que perdería contacto con la realidad y que nunca se recuperaría.

Un día, paseando por el jardín de la casa de su amigo, llorando con el rocío de la mañana, muy abatido, súbitamente el Espíritu de Dios hizo destellar un pasaje bíblico en el deprimido y triste corazón de Charles: “Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.” (Filipenses 2: 9-11). Charles entonces razonó así: “si Cristo es exaltado, que haga lo que quiera conmigo; mi única oración será que muera yo al ego y que viva enteramente para Él y para honrarle.” La palabra de Dios tronó en su alma deprimida. Se detuvo súbitamente y volviéndose a su esposa con el mismo brillo de siempre en los ojos, exclamó: “¡Cuán tonto he sido! ¿Qué importa lo que me suceda a mí, si el Señor es glorificado?”

Con esto regresó a predicar a New Park Street el 2 de Noviembre de 1856, habiendo dejado de predicar sólo el domingo 26 Octubre. En esa ocasión lo sustituyó en púlpito el Dr. Alexander Fletcher de Finsbury Chapel, a quien ya conocemos muy bien, ya que fue el que ofició en la ceremonia del matrimonio de Spurgeon y Susie. En el sermón de ese día hizo el siguiente comentario: “puedo decir, sin embargo, queridos hermanos, que no seremos intimidados por los acontecimientos ocurridos; y ¡voy a predicar otra vez en ese lugar! Dios nos dará almas allí, y el imperio de Satanás temblará todavía más, pues yo creo que

Dios está con nosotros, y si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?”

¿Qué fue lo que realmente pasó aquel fatídico domingo en Surrey Gardens? ¿Quiénes fueron los que perpetraron ese terrible crimen? Se dieron muchas explicaciones. Algunos dijeron que fueron ladrones que querían crear suficiente confusión para aprovechar para robar carteras. El propio Spurgeon gritó, cuando comenzó el pánico ‘Cuiden sus bolsillos.’ Muchos resultaron robados, pero la policía no hizo ningún arresto. Había ropa tirada por todas partes.

Otros sugirieron que fueron los enemigos de Spurgeon los que propiciaron la tragedia para destruir su reputación y éxito. El superintendente de la policía de apellido Lund estaba convencido de que esa era la razón. Él fue un testigo presencial y argumentaba que no fueron ladrones los perpetradores del crimen. Quienquiera que lo haya motivado, la escena estaba muy bien orquestada. Se ofreció una recompensa para descubrir al culpable, pero de nada sirvió. Nunca se descubrió a los culpables. La iglesia estableció un fondo para ayuda de las víctimas. Es importante comentar que muchos de los que fueron tocados por la tragedia, más tarde se unieron a la iglesia de Spurgeon.

Los servicios en Music Hall duraron tres años, hasta el 11 de Diciembre de 1859, día en que predicó sobre el discurso de despedida de Pablo a los ancianos de Éfeso, según Hechos 20. Miles de personas fueron convertidas por el ministerio en el Music Hall.

Una anécdota muy interesante ocurrió en esos años que predicó en el Music Hall:

Un día, tres jóvenes entraron al salón cuando Spurgeon se encontraban predicando, y se sentaron en un lugar muy conspicuo, y se quedaron con sus sombreros puestos. Algunos líderes les pidieron que se quitaran sus sombreros, pero ellos rehusaron quitárselos. Eventualmente, Spurgeon los vio, y desvió su sermón para mostrar el respeto que todos están obligados a mostrar por los sentimientos y costumbres de otras personas. ‘El otro día,’ –dijo- ‘fui a una sinagoga judía, y naturalmente descubrí mi cabeza, pero al ver a mi alrededor, percibí que todo el resto de los presentes llevaban sus sombreros, y así, no deseando ofender lo que supuse que era su práctica reverente,

aunque contraria a la mía, me adapté al uso judío, y me volví a poner el sombrero. Ahora les voy a pedir a esos tres jóvenes judíos que están en aquel balcón, que muestren alguna deferencia hacia nuestra práctica cristiana en la casa de Dios, así como yo estuve dispuesto a mostrarla hacia los judíos cuando visité su sinagoga, y se quiten sus sombreros.’ Por supuesto, después de esta súplica amable y sensible, no pudieron hacer otra cosa sino cumplir con la petición.

Muchos de los que asistían a los servicios eran artesanos y miembros de la clase trabajadora, pero Spurgeon igualmente despertaba el interés de los niveles más altos de la sociedad. Estadistas, miembros de la familia real, adinerados, incluso el Primer Ministro Gladstone venían para oír al joven orador. El Misionero David Livingstone visitó una vez la plataforma del Salón de la Música conjuntamente con el doctor Armitage de Nueva York. Ese día, por pura coincidencia, asistió la Princesa Real y también la Duquesa de Sutherland. Algunos afirman que la propia Reina Victoria llegó a oírlo, aunque iba disfrazada. Esto puede ser apócrifo, pero también podría ser real. No está confirmado.

Su fama, a través de los sermones impresos, se había extendido por todos los Estados Unidos. A pesar de todo su renombre, Spurgeon permaneció siendo humilde. Por ejemplo, en la ocasión que llegaron David Livingstone y el doctor Armitage, Charles predicó con poder especial. El mensaje produjo lágrimas en muchos oyentes. Cuando concluyó el servicio, Livingstone se acercó a Spurgeon como lo hizo también el doctor Armitage para congratularlo y darle la mano. El doctor Armitage se aproximó el primero, con la mano extendida, pero Spurgeon le dijo: “no, déle la mano primero al señor Livingstone; él es quien es verdaderamente digno.” Spurgeon tuvo que trabajar duro para mantenerse humilde, pero en general hizo un buen trabajo en esta área.

Spurgeon llamó a ese evento del Music Hall, “la crisis más memorable de mi vida.” Nunca pudo superarla. Hasta ese momento había gozado de una robusta salud, pero a partir de 1856, la enfermedad comenzó a afligirlo con regularidad. Batalló con su salud el resto de su vida. Su primera enfermedad prolongada y seria le vino en 1858, cuando se vio impedido de predicar desde el día 10 de Octubre hasta el 7 de Noviembre. Spurgeon poseía un espíritu extremadamente sensible, y la tragedia de Surrey Gardens nunca se borró de su mente. Por el resto de su vida, cada vez que se congregaba una vasta multitud ante él, la

tragedia cobraba un fresco vigor que azotaba su espíritu. Aun el versículo que usó ese día (Proverbios 3: 33) revivía su deprimente memoria. Al leerlo u oírlo palidecía.

Dieciocho meses más tarde, predicó en Halifax. Un gran edificio de madera, construido especialmente para el servicio, se colapsó por el peso de la nieve, exactamente al día siguiente que Spurgeon predicó. Se evitó una gran catástrofe. Charles, profundamente conmovido, dijo que si hubiera habido muertos, habría dejado de predicar.

El Palacio de Cristal

En este marco general, le llegó a Charles un honor estelar. Se programó un día de Humillación Nacional, concerniente al Motín de la India, que incluía muchas actividades, para el día 7 de Octubre de 1857. Todos estaban de acuerdo que la principal atracción, sin duda, sería el servicio de adoración en el famoso Palacio de Cristal. Ese gigantesco salón, construido completamente de hojas de cristal, abrió sus puertas en Hyde Park, en 1851. Albergó la exposición mundial que tuvo lugar ese año, pero las autoridades de la ciudad cambiaron su ubicación al sur de la ciudad en 1854, con una solemne ceremonia en la que participó la reina Victoria. La idea de ese edificio tan inusual provino del Príncipe Consorte, el esposo de la reina Victoria, el Príncipe Alberto, que era de nacionalidad alemana. Recordemos que muchos días del noviazgo de Charles y Susie transcurrieron en ese parque de diversiones. Ese fue el lugar seleccionado para el Servicio de Humillación. ¿Cuál fue el predicador para esa ocasión? Fue Charles Haddon Spurgeon, que a la fecha contaba con 23 años de edad.

Un incidente muy interesante ocurrió unos cuantos días antes de ese servicio en el Palacio de Cristal. El señor Spurgeon fue al Salón para probar su acústica, y en qué tono tenía que hablar para poder ser escuchado por todos. Él quería que su resonante voz se escuchara hasta los más remotos rincones del Salón. Se paró entonces en el lugar donde estaría el púlpito. Levantando su hermosa voz, tomó un pasaje de la Biblia (Juan 1: 29), “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.” Por allí se encontraba un obrero, trabajando en alguno de los grandes balcones del edificio. Y este obrero escuchó esa voz. Le parecían que las palabras provenían del mismo cielo. Profundamente quebrantado por el Espíritu Santo y convicto de sus pecados, hizo a un

lado sus herramientas y se fue a su casa. Esa noche no descansó hasta que recibió a Cristo como su Salvador.

El servicio mismo resultó tener un gran éxito. Los trenes corrían abarrotados desde las 7: 30 de la mañana. Alrededor del mediodía, 23,654 personas habían transpuesto los torniquetes, esos dispositivos giratorios, y se habían congregado bajo el domo de cristal, aunque el día era lluvioso y frío. Fue una de las más grandes multitudes, congregadas para oír la palabra de Dios, en toda la historia de la humanidad, hasta aquellos días. Después de todos los pasos introductorios, cantos de himnos y lectura de la Biblia, Spurgeon predicó sobre Miqueas 6: 9: “Prestad atención al castigo y a quien lo establece.” Inspirado por la tremenda multitud, Spurgeon predicó con gran elocuencia y eficacia. Habló con franqueza y justicia acerca de la intervención inglesa en la India. Habló de lo que pensaba sobre el Hinduismo. Dijo que el gobierno británico “no debió haber tolerado ni por un momento la vil religión de los hindúes, que no era otra cosa sino un pila de la inmundicia más vil que la imaginación pudiera concebir.” Esos comentarios reflejaban mucho el sentir de la época. Muchos periódicos hablaron acerca del evento y del sermón, como una experiencia maravillosa.

Abundantes Labores

Los años de 1854 a 1859 fueron años románticos en el ministerio de Spurgeon. Fue de poder en poder a pesar de las críticas, la tragedia, la oposición, los halagos, la fama, y todo lo que Londres podía arrojar a su paso. Durante este turbulento período, conforme sus responsabilidades aumentaban, a duras penas podía encontrar tiempo para dormir, excepto de la medianoche al amanecer. Su trabajo como evangelista y predicador lo llevó por todas las Islas Británicas y el continente europeo. Todo esto lo hacía mientras era el pastor de la Capilla de New Park Street, y se involucraba en la obra de construcción del Tabernáculo Metropolitano. Como lo declaró *El Mensajero Bautista*: “su grandeza radicaba en su utilidad.”

Los sermones se publicaban semanalmente. Influenciaron a muchas personas en aquellos primeros días. De hecho, un crítico amigable dijo una vez que los sermones predicados y publicados después de 1860 no tenían el mismo alto nivel de los primeros. Spurgeon replicó: “eso

puede ser cierto.” La razón parece radicar en que durante esos primeros años románticos, predicando a grandes multitudes, el énfasis era esencialmente evangelístico. Más tarde, cambió un poco su énfasis hacia las personas ya convertidas, para afianzarlos en la fe. Por tanto, algo de la exhuberancia inicial y de la dramática elocuencia, cedió el paso a un estilo más suave y plácido. Sin embargo, su efectividad siempre fue grandiosa.

Spurgeon visitó Escocia en el año de 1855, y esa visita se convirtió de alguna manera en el cimiento para el impacto que tendría sobre esa región durante toda su vida. En 1858, regresó nuevamente a Escocia, y vio que su ministerio y reputación, principalmente a través de los sermones impresos, habían incrementado tremendamente. En el verano de 1858 visitó Irlanda. Predicó 4 veces en Irlanda.

El 10 de Julio de 1859 predicó en Clapham Common. Dos semanas antes, un rayo había caído sobre un hombre, matándole. Unas diez mil personas se reunieron exactamente en el lugar en el que había caído el rayo, para oír a Spurgeon predicar. Se hizo una colecta para la viuda de la víctima de la tormenta. En Febrero de 1860 regresó a Irlanda y en ese mismo año fue a París. Un parisino comentó: “uno estaría dispuesto a escucharle durante horas. Dentro de los requisitos de la oratoria que él posee, hay tres que me impresionaron en particular. Una memoria prodigiosa, una voz muy armoniosa, y una imaginación muy fructífera. El señor Spurgeon es en realidad un poeta.” Un católico romano de París comentó: “el orador más natural, y yo diría más inspirado, que jamás hayamos tenido el placer de escuchar. Pero siempre había críticos. Al obispo Wilberforce, de la iglesia anglicana, le preguntaron un día si no estaba celoso por el hecho que los no-conformistas tenían a Spurgeon y los anglicanos no. Él replicó de una manera más bien sarcástica: “No codiciarás el burro de tu vecino.”

En Junio y Julio de ese mismo año, Spurgeon fue en gira al continente europeo. Viajó por Bélgica, Alemania y Suiza. El verdadero deleite de su viaje consistió en que pudo ir a Ginebra. Predicó dos veces en el púlpito de Juan Calvino.

A finales de Abril de 1863, viajó a Holanda. Allí recibió una impresionante recepción. Sus predicaciones duraban dos horas. En este viaje se entrevistó con la reina de Holanda y habló con ella acerca de la

relación personal de la reina con Jesucristo. Spurgeon confesó que no siempre encontraba fácil dar testimonio en una base individual, pero siempre compartía de Cristo conforme se presentara la oportunidad, aun cuando esa oportunidad fuera con la reina. En la ciudad holandesa de Utrecht, una mujer campesina se le acercó y le dijo casi a gritos: “¡Oh, señor Spurgeon, que Dios le bendiga! ¡Si hubiera vivido nada más para salvación de mi alma, no habría vivido en vano!”

El 27 de Mayo de 1864 se celebró el tercer centenario de la muerte de Juan Calvino. Nadie manifestó mayor exuberancia al celebrar esa fecha que Charles Spurgeon. Siempre estuvo plenamente de acuerdo con la declaración de John Knox, que dijo Ginebra, en los días de Calvino, “era la más perfecta escuela de Cristo que jamás existiera en la tierra desde los días de los apóstoles.”

Predicó en Cambridge y tres veces en Gales. En Abercarne, en Gales, predicó al aire libre a una multitud de 20,000 personas. Siempre que podía, predicaba al aire libre. Disfrutaba los viajes, pero no viajaba por el simple placer de viajar. El diácono Thomas Cook, de renombre en el campo del turismo, le ofreció organizarle un viaje por el Nilo, viajando como un príncipe de Egipto, pero él declinó la generosa oferta.

Spurgeon también fue un notable conferencista. Daba sus conferencias los viernes por la noche, y duraban aproximadamente una hora y cuarenta y cinco minutos. Las daba sobre diversos temas, incluyendo historia natural. Iba muy bien preparado y hacía uso de material como diagramas, mapas y otros elementos. Él les había dicho a los estudiantes del Colegio del Pastor que los sermones se podían ver en todas partes, inclusive en una vela. Como los estudiantes cuestionaron eso seriamente, entonces les prometió que iba a demostrar sus palabras. Eso inspiró su famosa conferencia “Sermones sobre velas.”

Para entonces Spurgeon era ya muy famoso. Era tan reconocido que cuando le preguntaron a un niño en Estados Unidos, en un examen de una escuela, quién era el Primer Ministro de Inglaterra, el niño respondió: C. H. Spurgeon. En Mentone, Francia, donde iba a menudo para recuperarse de sus dolencias, un día iba en un carruaje por algunas de las calles del pueblo. Otro carruaje rebasó el suyo y el pasajero de este otro carruaje le preguntó al chofer quién era Spurgeon. Su respuesta fue: “Es el Papa de Inglaterra.”

Comentarios sobre el Avivamiento

La noche del martes 4 de Enero de 1859, Spurgeon, que tenía 24 años en ese entonces, se dirigió a una vasta audiencia, reunida por la YMCA, en Exeter Hall. Su tema era *De Propaganda Fide* (sobre la propagación de la fe), que lo llevó a argumentar sobre la necesidad de un avivamiento: “Debemos confesar que ahora no tenemos el derramamiento del Espíritu de Dios que podríamos esperar... Oh, si el Espíritu de Dios descendiera sobre los que están congregados aquí esta noche, y sobre todas las reuniones de los santos, ¡qué efecto produciría! No buscamos excitaciones extraordinarias, esos acompañantes espurios de los avivamientos genuinos, pero buscamos el derramamiento del Espíritu de Dios... El Espíritu está soplando en nuestras iglesias con Su aliento genial, pero es como una suave brisa. ¡Oh, que viniera con estruendo un viento recio que arrastrara todo consigo! Esta es la necesidad de los tiempos, la gran necesidad de nuestro país. ¡Que nos llegara como una bendición del Altísimo!” El deseo fue cumplido. En la primavera de 1859, inspirado por las noticias del avivamiento que comenzó en Estados Unidos en el invierno de 1857-58, un avivamiento generalizado comenzó en Irlanda del Norte y Gales.

En Estados Unidos, después del Segundo Avivamiento Evangelístico que había sacudido ese país comenzando en 1792, ya se había consumido su fuerza. El declive espiritual y social se había entronizado y estaba corroyendo los cimientos de la sociedad. El desasosiego civil acerca de la esclavitud se estaba gestando. Las iglesias languidecían y anhelaban una nueva vida y vitalidad, aparentemente incapaces de causar un impacto en la necesitada nación. El país se movía cuesta abajo.

En ese medio estéril, en el otoño de 1857, un señor llamado Jeremías Lamphier, un misionero laico de la iglesia reformada holandesa de la Calle Fulton de Nueva York, hizo un llamado para que hubiera servicios de oración al mediodía. Invitó a los que quisieran asistir a la iglesia para entregarse a la oración durante su hora de comida. Una carga pesaba grandemente en su corazón por un avivamiento. Un toque inicial de avivamiento había comenzado en Canadá unos cuantos meses antes. También, la búsqueda de un avivamiento había comenzado en

Universidades de gran reputación, como Amherst, Yale, y Williams en Estados Unidos. ¿Podría ser tocada Nueva York?

Con ese fin, Lamphier convocó a la oración ferviente. Estableció un día, el 23 de Septiembre de 1857, a las doce del día en punto. Nadie había llegado a las 12: 25, y el deprimido misionero estaba a punto de descartar la idea como un proyecto fracasado. Sin embargo, a las 12: 30 se aparecieron 6 hombres. Esos que oraron, manifestaron un genuino espíritu de preocupación, así que Lamphier programó otra reunión, para la siguiente semana. Esa siguiente semana, la asistencia de personas se duplicó, para el servicio de oración. En la tercera había todavía muchas más personas de rodillas. Entonces decidieron reunirse diario para orar. El 7 de Octubre el mercado de valores se desplomó y el desempleo se elevó brutalmente. Todo esto, sin duda, indujo a muchas personas a comenzar a buscar a Dios en oración. Para la mitad del invierno, la iglesia Reformada Holandesa estaba desbordante de gente que oraba. Pronto se extendió a la Iglesia Metodista de John Street, y luego se extendió a la Iglesia Episcopal de la Trinidad en Broadway y Wall Street.

En los meses de Febrero y Marzo de 1858, cada iglesia y cada salón público en la parte central de Nueva York estaban saturados hasta el límite de su capacidad, simplemente para orar a la hora de la comida. Una vez, alguien hizo un muestreo para ver cuántos estaban orando a esa hora. Un muestreo es sólo una parte de la población de gente orando. Se contaron 6,100 personas involucradas en ferviente oración para un avivamiento. Luego se vino como una avalancha. Las iglesias por doquier comenzaron a llenarse de gente que oraba. No sólo eso, comenzaron a darse muchas conversiones en estos servicios de oración y en varias reuniones evangelísticas. En una sola semana hubo diez mil conversiones en Nueva York. A lo largo de toda Nueva Inglaterra, las campanas tañían regularmente a las 8 de la mañana, al mediodía y a las 6 de la tarde, llamando a la gente a la oración.

El avivamiento en Estados Unidos ardió como un fuego. En Chicago, 2,000 personas se reunían diariamente en el Teatro Metropolitano para orar. Los avivamientos brotaron en escuelas seculares. En una escuela de Cleveland, en Ohio, todos los niños de una escuela se convirtieron, con la excepción de dos alumnos. Los laicos, hombres y mujeres, eran las puntas de lanzas del movimiento. Dios, en Su

soberanía, se había agrado de visitar la nación con Su gloria. ¡Qué días fueron esos! Por dos años, cincuenta mil personas al mes se unían a las membresías de las iglesias. En aquella época la población de los Estados Unidos era de sólo 30 millones de habitantes.

Un avivamiento de tal magnitud, siempre cubre muchas áreas. El Espíritu de oración se trasladó a través del Atlántico e inicialmente tocó Irlanda. Un señor llamado James McQuilkin, junto con un amigo, comenzaron a orar por un avivamiento en Irlanda. Dios oyó sus oraciones, y en 1858, la iglesia presbiteriana de Irlanda envió a algunos observadores a los Estados Unidos para investigar el Avivamiento de Oración que había tomado posesión de ese país. Regresaron a casa muy entusiasmados. Uno de ellos escribió un libro que Dios usó de manera significativa para inducir a los cristianos irlandeses a que oraran por un movimiento similar en su tierra. Pronto Belfast, Dublín, Cork y todos sus alrededores cayeron bajo el impacto del avivamiento de oración. La nación hincó su rodilla.

Conforme las noticias y las conmovedoras historias del avivamiento de los Estados Unidos se extendieron por todas las Islas Británicas, en corto tiempo, Escocia despertó. Por todas partes brotaron reuniones de oración en Glasgow, Edimburgo y virtualmente en todas las ciudades y pueblos del país. En 1859, la iglesia presbiteriana unida reportó que el 25% de sus miembros asistían con regularidad a una reunión de oración por el avivamiento espiritual. Entonces surgió un avivamiento general, primero en Aberdeen, luego en Glasgow y finalmente por todas partes. Los fieles escoceses experimentaron el poder revividor de Dios. Un evangelista llamado Brownlow North, fue especialmente usado en esos días significativos. Brownlow North fue un activo predicador y autor del *El Rico y Lázaro*, una exposición de Lucas 16: 19-31.

Gales también se sometió al poder de Dios, casi simultáneamente con Irlanda. Finalmente Inglaterra comenzó a calentarse con la conflagración. Se celebró una reunión de oración en un salón de la ciudad, y se siguieron otras oraciones a las que asistían unas cien personas. Para fines del año de 1859 se tenían 24 reuniones de oración al día, en el área de Londres.

Fue un año que la iglesia cristiana tiene motivo para recordar hasta el fin de los tiempos. Sobre aquella tierra vino un gran despertar

espiritual. Hombres y mujeres que en toda su vida no se habían preocupado por el estado de su alma, de una manera súbita se dieron cuenta de que eran pecadores necesitados de salvación; personas que asistían regularmente a la iglesia, pero que de una manera despreocupada llevaban años y años escuchando sermones, súbitamente despertaron a las realidades de un mundo eterno; los pastores empezaron a predicar con renovada autoridad; los trabajadores llevaban la Biblia a sus bancos de trabajo; los taberneros liquidaron sus negocios y abrieron sus tiendas para vender libros religiosos. En resumen: el Espíritu de Dios obró en los corazones de los hombres, y en ninguna parte era más evidente esto que Irlanda del Norte. Durante el avivamiento, un millón de personas en toda la Gran Bretaña se unió a la membresía de diversas iglesias.

Spurgeon pudo escribir: “Los tiempos de refrigerio de la presencia del Señor por fin han amanecido en nuestra tierra.”

De todos los predicadores de ese año de gracia, no hubo ninguno más notable que Spurgeon, y aunque Londres nunca se convirtió en el centro de esas escenas de avivamiento que se manifestaron en otras partes, no hubo una voz más influyente en toda la tierra que la del joven pastor de la Capilla New Park Street.

Recordemos que el 1 de Marzo de 1859 predicó a una desbordante congregación en el Tabernáculo de Whitefield. Recordemos el incidente del rayo que mató a un hombre en Clapham Common, donde predicó al aire libre a una multitud de 10,000 personas. Dos días después volvió a predicar a otra multitud al aire libre en el Castillo de Rowland situado en un valle. Las propias colinas reproducían el sonido de sus palabras y una congregación impávida podía oír las conmovedoras exhortaciones que regresaban como un eco desde la distancia: “¡Vengan, vengan, vengan, vengan!” En Julio también predicó en Gales por primera vez, también al aire libre a una congregación de unas 9 o 10 mil personas. En Octubre de 1859 volvió a predicar al aire libre en Carlton, a un grupo de unas cuatro mil personas.

Muchos años después, un asistente a las prédicas de Spurgeon, comentó acerca de un sermón que predicó el 17 de Julio de 1859, titulado *La Historia de los Poderosos Hechos de Dios*. ¡Cómo se gozaba Spurgeon en la predicación esa mañana! Hacía mucho calor, y tenía

que estar constantemente secándose el sudor de su frente; pero esta incomodidad no le afectaba su predicación, sus palabras fluían como un torrente de sagrada elocuencia... Estuve presente también en el último servicio que tuvo lugar en el Music Hall, el 11 de Diciembre de 1859. Había mucha neblina, el lugar estaba abarrotado, hasta el tope. Spurgeon predicó un sermón acerca de la necesidad de declarar todo el consejo de Dios. Siempre hay algo triste ligado a las despedidas; y, cuando terminó el servicio y salí, sentí que una de las experiencias más felices de mi juventud pertenecía al pasado. Así también pasó, en mi opinión, la etapa más romántica en la maravillosa vida del señor Spurgeon.

La fortaleza del ministerio de Spurgeon radicaba en su teología. Redescubrió lo que la iglesia había olvidado en gran medida: el poder evangelístico de la así llamada doctrina calvinista. Spurgeon dijo: “Nosotros creemos en los cinco grandiosos puntos del calvinismo. Los consideramos como cinco grandes faros que irradian de la cruz de Cristo.”

Eric Hayden, que fue pastor del Tabernáculo Metropolitano de 1956 a 1961, aportó estas consideraciones para entender el éxito de la predicación de Spurgeon:

1.- Las oraciones de la congregación de New Park Street. Era un grupo fiel de cristianos intercesores. El joven Spurgeon heredó ese legado. Ese espíritu de oración también continuó a lo largo de los años de los servicios en el Tabernáculo Metropolitano. “Aquí está nuestro cuarto de máquinas.” Las reuniones de oración tenían lugar los lunes por la noche, y asistían unas tres mil personas.

2.- Otro factor para el éxito, está expresado en las propias palabras de Spurgeon: “Una sana doctrina y una invitación amorosa constituyen una buena base de material, que, cuando está modelado por la mano de la oración y de la fe, formará sermones de mucho mayor valor para salvar almas que los ensayos más filosóficos preparados muy elaboradamente, y entregados con elocuencia y corrección.” Entonces los dos elementos importantes son: *sana doctrina y una invitación amorosa.*

3.- La providencia de Dios. Spurgeon era el hombre de Dios en esa hora, y raramente se da uno cuenta de cuán profundamente lo está utilizando el Espíritu Santo, al menos en ese momento. Spurgeon lo sabía, pues afirmaba: “debemos encorvarnos ante Dios para que podamos conquistar a los hombres.”

Autor: Allan Román.